
La hegemonía popular en la Revolución Sandinista

JOSE LUIS CORAGGIO

Argentino, economista, responsable de investigación de la Secretaría Ejecutiva de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES).

Quiero plantear algunos puntos de interpretación sobre el sistema político nicaragüense y en particular respecto a la problemática de la democracia.

Partimos de la base teórica de que existe una necesaria vinculación entre las relaciones políticas y las relaciones económicas en una sociedad que marcha al socialismo. La revolución social y la revolución política deben ir juntas. Por “revolución política” entendemos una efectiva socialización del poder y por “revolución social” una efectiva socialización de la economía.

También afirmaríamos que no hay etapas necesarias en el proceso de construcción de una nueva sociedad. No es universalmente válido, por ejemplo, que una revolución deba, en primer lugar, pasar por la etapa de toma y consolidación del poder político, para luego proceder a una etapa de transformación social de las relaciones económicas y de desarrollo de las bases materiales de la sociedad, y posteriormente entrar en una tercera etapa de democratización política.

Con esta premisa teórica podemos plantearnos una interpretación de la Revolución Popular Sandinista buscando por qué esta revolución posee un gran consenso en el sistema político mundial. Nos preguntamos: ¿cuál es el proyecto político de esta revolución? Aclaramos que no nos referimos a

un proyecto ya pensado en base a una ideología que se va imponiendo a la realidad, sino que nos referimos a un proyecto flexible que, basado en ciertos principios, se va gestando en la misma práctica revolucionaria.

En primer lugar, creemos que la Revolución Popular Sandinista busca resolver de una manera novedosa esa unidad entre la socialización del poder político y la socialización económica. La mejor manera de caracterizar a este sistema político sería definirlo como un “sistema hegemónico popular”. Por “hegemonía” entendemos una combinación de prácticas coercitivas y consensuales. La necesidad del consenso implica pluralismo, implica heterogeneidad social y, por lo tanto, implica la no exclusión de determinados sectores sociales. Implica una nueva relación de poder, en la que ahora son hegemónicos los sectores populares organizados y pasan a ser subordinados quienes antes dominaban, pero en la que éstos no desaparecen ni pierden todos sus derechos.

El sujeto de este sistema popular es el pueblo, entendiendo por “pueblo” las masas organizadas que perdieron su condición de masas ganando en estructura, en capacidad de comprensión y de acción sobre la realidad colectivamente. Articulando estas organizaciones de masas, juega un papel clave la organización revolucionaria fundamental:



19 de Julio de 1984, V Aniversario de la Revolución.
Foto: Daniel Caselli, Cono Sur Press

el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN).

Una segunda característica de este sistema hegemónico es la existencia de pluralismo político, ideológico y social. No hay exclusión ni proyecto inmediato de aniquilación de ninguna clase social, no hay tampoco exclusión de la mayoría de las corrientes de pensamiento que puedan expresarse dentro de la sociedad. Pero sí hay una exclusión clara del somocismo y de la contrarrevolución que se organiza para derrotar este proyecto revolucionario.

Se da entonces la posibilidad de un amplio espectro ideológico dentro y al lado del proceso revolucionario. Para que haya pluralismo tiene que haber una capacidad de estos sectores para organizarse y para expresar sus intereses particulares, tiene que haber una libertad de organización y de expresión.

Esto, siempre dentro de un sistema pluralista que, como todos los sistemas pluralistas conocidos, tiene límites. El problema del pluralismo es quién pone los límites y cómo los pone; está claro que en Nicaragua los ponen los sectores populares organizados.

Otra característica de este sistema que se está configurando en Nicaragua es que no hay un sistema unipartidario, sino que varios partidos políticos coexisten en la escena política, y tienen ciertas reglas del juego para operar, expresadas, por ejemplo, en la Ley de Partidos Políticos. Estos partidos son organizaciones políticas heterogéneas con distintos enfoques, no sólo dentro del campo revolucionario sino también fuera del campo popular.

Además, hay abierta la posibilidad real de acceso al poder, según la ley, por cualquiera de los partidos que se presentan a las elecciones. Este pluralismo es también un pluralismo social. En Nicaragua no se está implementando un proyecto de aniquilación social de la burguesía, sino que el proyecto nicaragüense implica la reproducción de capital privado, implica la reproducción de la clase burguesa.

Esto nos plantea una cuestión muy importante en el campo del socialismo: ¿no hay una contradicción fundamental entre esta reproducción de la clase burguesa y el proyecto revolucionario? Yo me animaría a interpretarlo de la siguiente manera: en Nicaragua hay una posibilidad para la burguesía de desarrollarse y reproducirse como clase económica, con límites económicos fijados por un modelo de acumulación que está controlado desde muchos puntos de vista. Pero la pregunta es: ¿no puede revertirse el proceso revolucionario debido a esta manera de posibilitar el desarrollo de las relaciones capitalista? Nuestro planteo es que si prosigue el proceso de consolidación del sujeto revolucionario, es decir, si hay un proceso de efectiva organización autónoma de las organizaciones de masas, no hay posibilidad real de este cambio en la correlación de fuerzas. Históricamente, cuando las masas han legitimado a sus opresores ha sido porque estaban alienadas polí-

ticamente, porque estaban chantageadas por el sistema capitalista, pero si son el sujeto de la revolución no se puede dar que voten por sus opresores del pasado.

La cuestión clave de la revolución es que no sólo hay que construir un estado revolucionario, sino que hay que construir una sociedad civil, y ambos se están construyendo simultáneamente. Esto implica que el poder no sólo está en el estado, sino que está en muchas instancias de la sociedad. El poder no está dado y solamente se redistribuye, sino que se construye y crece con el desarrollo de nuevas formas de poder social que asume y controla el sujeto revolucionario.

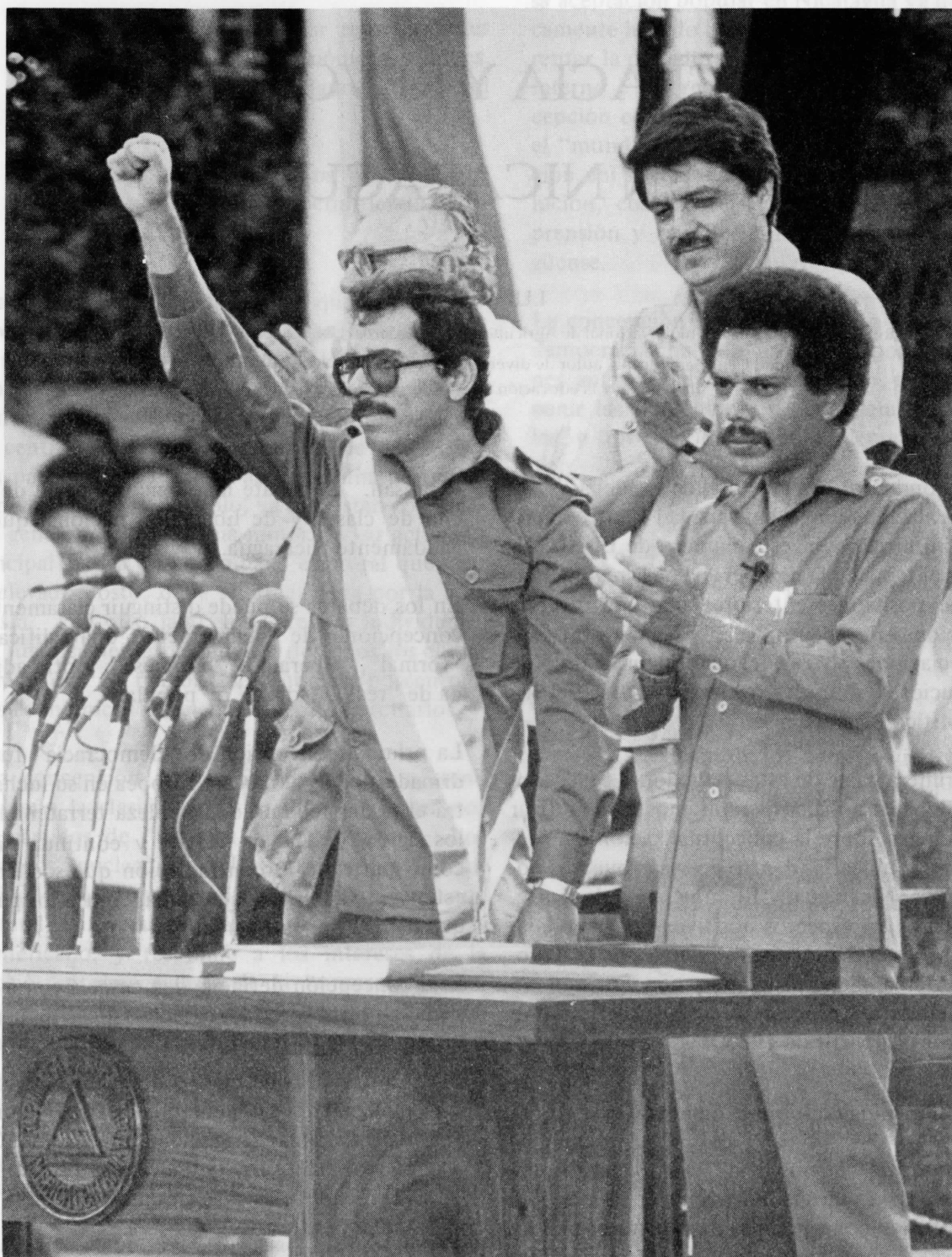
Quisiera agregar que la preocupación por el pluralismo que uno encuentra muchas veces en aliados de la revolución en el exterior, aparece ligada a la preocupación por la posibilidad que tiene la oposición de expresar sus derechos. Creo que el tema central de un proyecto socialista de construcción de una sociedad es: el pluralismo dentro del mismo campo popular, es decir ¿cómo desarrollar y articular de una manera políticamente revolucionaria las heterogeneidades que tiene el pueblo sin pretender reducirlo a un solo grupo?

En Nicaragua hay además una innovación impor-

tante, ya que se plantea la búsqueda de una democracia real sustantiva que pasa por una socialización del poder económico y que, en lo político, se plantea una combinación de dos modalidades de democracia política que son, por un lado las formas representativas y por otro las formas directas.

Habría que ver las promesas de elecciones en 1980 y su cumplimiento actual no como un resultado de un chantage que se le hace a esta revolución, sino como una efectiva opción por una nueva forma de ejercer el poder revolucionario, una manera pluralista y democrática. Además, mantener abierto el pluralismo para los sectores ubicados fuera del campo popular y permitir una opción de poder para todos los sectores, salvo el somocista, tiene profundas repercusiones sobre la forma en que se va a dar el pluralismo dentro del campo popular.

Pienso que la única garantía de que este sistema representativo no se convierta en una trampa es que efectivamente se desarrolle el pluralismo dentro del campo popular, que efectivamente se desarrollen otras formas de poder popular, y que no sea una minoría la que controle el destino de la revolución, sino que haya una efectiva participación para que el pueblo asuma este proyecto como el suyo.



El 10 de Enero de 1985, la toma de posesión del nuevo Presidente Daniel Ortega Saavedra fue el punto culminante del Proceso de Institucionalización de la Revolución.
Foto: Daniel Caselli, Cono Sur Press.